

lidez es sublime y se lleva *après soi* todas las miradas.

Margarita recibió esta impertinencia bilingüe con sonrisa resignada, pero tuvo la precaución de bajar los párpados para que sus ojos no hicieran traición á su sonrisa.

La baronesa siguió diciendo:

— Luis es imperdonable. ¿Por qué no está aquí?.. ¿*Pourquoi?*.. Tu triunfo sería completo, porque, vida mía, no podría desconocer que posee en ti una belleza incomparable... *Trop* invencible... Pero helo aquí... Mira... mira...

Margarita dirigió los ojos hacia el punto que le señalaba la baronesa, y vió á Luis que entraba en el salón, risueño, alegre, más aún, triunfante.

CAPÍTULO XXII

LOS MUERTOS HABLAN

El aspecto alegre que hemos advertido en Góngora, al verlo entrar en el salón, vino á aumentar la agitación interior de que se hallaba poseída el alma de Margarita... En la confusión de sus pensamientos, no veía más que aquello que podía servir para excitar el amargo dolor de sus celos; ó, mejor dicho, había llegado á ese punto culminante del desconsuelo, desde el que todo se convierte á nuestros ojos en datos que atestiguan la realidad de nuestra desgracia.

La presencia de Luis, risueño, alegre y hasta triunfante, era un cambio repentino é inesperado; y en verdad, ¿cuál podía ser la causa de transformación tan súbita?.. Necesariamente esta transformación se enlazaba con la carta, cuyo contenido ignoramos todavía, y partiendo de esta suposición, bastante razonable, Margarita discurría sin detenerse, hasta llegar á conclusiones que le destrozaban el corazón. Luis era dichoso. La felicidad que experimentaba se traslucía en su semblante, se reflejaba en sus ojos. Era tan dichoso, que ni siquiera pensaba en ocultar la alegría que embargaba su espíritu. Y he aquí que siendo el único pensamiento de Margarita la dicha de Luis, sentía mortal tristeza al verlo contento. Es verdad que si Luis hubiera aparecido aquella noche triste, reservado y meditabundo, como lo hemos visto en los capítulos anteriores, Margarita

habría discurrido del mismo modo, para venir á parar á la misma consecuencia.

Todo lo veía al través de sus agitados pensamientos, y su propio dolor le había puesto un velo en los ojos. Puede decirse que padecía la obcecación de su propia pena.

Luis distinguió á los que hablaban agrupados delante de la chimenea, y se acercó, pasando junto á Margarita sin reparar en ella.

Se hallaba en el corro un joven de agradable fisonomía, en cuyo aspecto distinguido se echaba de ver bien pronto una educación esmerada y un origen aristocrático. Sin que el aliño de su persona descubriera ni exceso de lujo ni estudiado esmero, se advertía que la opulencia era la atmósfera de su vida. Parecía distraído en seguir los variados accidentes de la conversación, á que daba continuo alimento la ruidosa locuacidad del Marqués; y si alguna expresión particular acentuaba su fisonomía, era la de cierto desdén fino, y aun pudiera añadirse benévolo. Oía hablar con la indiferencia de un hombre que se entretiene en matar el tiempo con lo primero que le viene á la mano. Su papel consistía en ser simple espectador; oía por oír, como los interlocutores hablaban por hablar. Se hallaba allí probablemente por la sencilla razón de no hallarse en otra parte.

Luis se acercó á él cogiéndolo por la espalda y echándole el brazo por el hombro, lo cual le hizo volver la cabeza, y al ver quién era la persona que tan familiarmente lo trataba, animó su semblante con una sonrisa de inequívoca complacencia, exclamando:

— ¡Ah!.. ¡Góngora!..

— Yo — dijo Luis. — Perdóne usted que lo saque de la distracción en que se encuentra.

— ¡Distracción!.. — exclamó. — Diga usted más bien aburrimento.

Luis lo apartó del corro en que el Marqués dominaba por la movilidad de su palabra y en el momento en que sostenía la virtud higiénica de las ostras, exponiendo todo un sistema filosófico acerca de la influencia de los mariscos en la historia. Sostenía con natural desenfado que sin el descubrimiento de las ostras los gobiernos carecerían del gran recurso político del ostracismo.

Como he dicho, Luis apartó á este nuevo personaje del círculo formado alrededor del marqués, y ambos, hablando en voz baja, se dirigieron á un ángulo del salón, y allí continuaron el diálogo con voz menos recatada, de forma que las palabras eran más perceptibles y podían oírse.

El joven decía:

— Mi padre no cede; es duque, y yo soy el heredero de su título. Las rentas de mi casa han disminuído considerablemente. Mi padre es bueno, es noble, es generoso; pero sobre todas las cosas de este mundo ama el esplendor de su título, y dice: «Esta lámpara se apaga, y es preciso echarla aceite.» Se ha empeñado en que un duque es duque antes que hombre..., y he aquí que tengo que renunciar á los sentimientos de mi corazón ó rebelarme contra mi padre.

— La autoridad del padre es sagrada — dijo Luis.

— Sin duda — replicó, — pero mi obediencia en esta ocasión no es una virtud que me pertenece. *Ella* es la que me obliga á esta sumisión, que francamente, me desespera. No quiere nada sin el consentimiento del señor duque, y es tan terca como mi padre.

— ¡Terca!.. — exclamó Luis.

— Heroica — añadió el joven. — Convengo en ello; pero permítame usted que no mire con buenos ojos un heroísmo que me cuesta la felicidad de toda mi vida. Sí, amigo Góngora, la quiero con toda mi alma; fuera de ella todo me es indiferente. Pero no quiere ser duquesa mientras mi pa-

dre no consienta en ello, y mi padre no consentirá nunca.

— Ni ella tampoco — añadió Luis.

— Lo sé; y ya sabe usted que he renunciado á conven- cerla, porque es en ella una resolución irrevocable. Me que- daba una sola esperanza, y anoche hice mi última tentati- va. Cogí á mi padre en un momento que me pareció favo- rable, pues se encontraba contento de mi obediencia, y le dije: «El mérito de mi sumisión no es mío; ella es la que le hace á usted el sacrificio del amor que me tiene.» Mi padre soltó una carcajada, que me dejó frío como la nieve. Luego me contempló un instante, y me dijo: «Amor... Sí, es posible; no has cumplido aún veinticuatro años, y eres un buen mozo; pero, ante todo, eres duque; es decir, serás duque, y no hay mujer que no se despepite por ser duque- sa.» Entonces puse en sus manos la carta en que ella me obliga á renunciar á toda esperanza... Aquella carta, que lle- vo siempre sobre mi corazón, en la cual me pide con toda su alma que no me rebele nunca contra los mandatos de mi padre. Aquella carta en que dice: «No amargue usted mi vida con una locura que sería indisciplinable, y además inútil; porque yo no podría amar nunca á un hijo rebelde..., no seríamos dichosos, porque el que no es buen hijo no puede ser buen esposo..., nuestro amor sería un amor in- feliz, porque pesaría sobre nosotros la mano de los remor- dimientos.» Tomó mi padre la carta con sonrisa incrédula..., más aún, con sonrisa burlona, y arqueando las cejas co- menzó á leerla. Yo seguía el movimiento de sus ojos sobre el papel, y espiaba con ansiedad indecible la expresión de su semblante, y vi que poco á poco se fué desvaneciendo la sonrisa en sus labios, y que, arrugando la frente, dejó ver el ceño de una severidad que me llenó de espanto; mas aquella especie de tempestad pasó pronto, volviendo su aspecto al estado ordinario. Respiré, pensando que las pa- labras de Cecilia penetrarían al fin en su corazón, que es

bondadoso. Acabó de leer la carta y la dobló lentamente, diciendo: «Sí..., sí..., esta pobre muchacha posee un alma bastante original..., sus sentimientos son muy singulares. — Muy nobles, dije yo. — Nobilísimos, añadió; y es lástima que no sea duquesa. Vamos si tuvieras un hermano, se po- dría transigir este asunto; le cederías tus derechos al título de nuestra ilustre familia, y tú quedarías en libertad de hacer tu gusto. Pero eres mi hijo único..., y ¡qué diablo!, añadió golpeando la mesa con la palma de la mano, serás duque, y para que la lámpara siga ardiendo, es preciso echarle aceite. No, no es posible arrojar por la ventana una corona ducal, que nos pertenece desde los tiempos de la Reconquista... No olvides que circula por tus venas san- gre de reyes. Por tu alcurnia te corresponde la mano de una princesa..., de una reina; pero las coronas reales no están para tomadas en estos tiempos plebeyos, y hay que pensar seriamente en una millonaria.» Debió advertir en mi semblante el mal efecto que me producían sus palabras, é irguiéndose majestuosamente, me dijo: «¡Cómo!.. ¿Con- sentirás que la gloria de nuestro origen perezca en la mi- seria?.. ¿Serás capaz de llevar tu título de duque á San Bernardino?.. — Se trata, le advertí, de la felicidad de toda mi vida. — ¡Tu felicidad!., exclamó. Bien... La felicidad es la cosa más dudosa que hay sobre la tierra... Y en cuanto á tu vida, pasará como un relámpago, como ha pasado la mía. Los hombres pasan, y las cosas quedan. Nosotros somos las piedras vivas de un monumento glorioso; las piedras miliarias que van marcando por el mundo el cami- no de nuestra estirpe. El nombre que te doy es el de mi padre, y al mismo tiempo es el de tus hijos... Y, en fin, añadió con acento severo, no hablemos más de esa niñería; no se hereda el título de duque para ser un cualquiera. Dicho esto, echó las manos hacia atrás, y me volvió la espalda.

Luis lo oyó sin interrumpirle, y después de esperar algunos momentos, luego que hubo concluído se encogió de hombros, diciendo:

— La cuestión está reducida á unos cuantos millones.

— Eso es, añadió el hijo del duque. Mi padre me alquila, me subasta, porque es preciso que á la lámpara de su título no le falte aceite... Oro, señor de Góngora, oro..., el *vil metal* es el déspota que dispone á su arbitrio de nuestras acciones y de nuestros sentimientos. Paciencia; éste es mi destino.

Al emplear la palabra *paciencia*, padecía un error algo frecuente, pues daba el nombre de esa gran virtud á la desesperación tranquila en que se revolvía su alma. Doblaba humildemente su cabeza, pero la doblaba apretando los puños; había adoptado una sonrisa desdeñosa, sin duda para ocultar que de vez en cuando amargos pensamientos le hacían rechinar los dientes. Sentía, por lo visto, el orgullo de su dolor, y lo ocultaba bajo un exterior tranquilo, para que el mundo no penetrara en el santuario de su pena.

Góngora lo miró atentamente, como si quisiera medir con los ojos la verdadera profundidad de aquel sentimiento sobre el que el hijo del duque aparentaba tener completo dominio, y al cabo de algunos instantes de silencio, y afectando cierta ligereza, le dijo:

— Unos cuantos millones..., he ahí todo.

— ¡Friolera! — exclamó el joven. — Unos cuantos millones. Mi desprecio hacia las riquezas es injusto, pues me veo obligado á reconocer el inmenso valor del oro.

— Cierto — añadió Luis. — Si Cecilia fuese una de tantas millonarias, el duque la recibiría en su familia con los brazos abiertos; pero es pobre, y la lámpara necesita aceite.

— Ni más ni menos.

— Y el caso es que pudiera serlo.

— ¡Pudiera!.. — exclamó el hijo del duque.

— ¿Por qué no? — preguntó Luis.

Esta pregunta lo tuvo pensativo algunos instantes, al fin de los que dijo:

— Pudiera serlo..., si yo sintiera en mi corazón la más despreciable y la más común de las pasiones..., la codicia. Yo sé cómo se fraguan esas riquezas súbitas, que surgen del fondo de la sociedad con escandalosa opulencia. Yo sé cómo se pasa de descamisado á millonario, de contratista á banquero, de tahir á propietario. Yo entraría en este agio universal en el que los que trabajan se arruinan y los vagos se enriquecen. Yo tomaría también mi buena parte de botín en esta rapiña ordenada, en la que los más astutos despojan á los más tontos. Pero en este corazón corrompido no estaría grabada la dulce imagen de Cecilia.

La vehemencia, mal contenida, con que pronunció estas palabras, descubrían claramente la exaltación de su ánimo.

— ¿Acaso — volvió á preguntar Luis — no hay más medio que envilecerse para obtener un puñado de oro?

— ¿Hay otro? — preguntó á su vez el heredero del duque.

— Sí — le contestó el abogado.

— ¿Dónde están — exclamó el primero — esos miserables millones que puedo yo adquirir honradamente?

Luis movió á un lado y á otro la cabeza, y antes de que respondiera á la pregunta del joven, éste hizo un movimiento enérgico, añadiendo:

— Sí..., el mundo es grande. Todavía hay sobre la tierra regiones desconocidas. Mi espíritu se ahoga en la atmósfera de esta sociedad mezquina, y aún le queda á mi felicidad el recurso de una empresa temeraria. Cecilia me esperará, y yo volveré; y si no vuelvo, sabrá á lo menos que he sabido morir por ella.

No pudo Góngora contener la triste sonrisa que apareció en sus labios, y le dijo:

— La fe tendrá siempre sus mártires; la ciencia tiene audaces exploradores; pero el amor ha perdido ya sus héroes.

— Juro — exclamó el hijo del duque — que todavía queda uno.

Hizo este juramento con voz ahogada, acentuándose vigorosamente los rasgos varoniles de su fisonomía, que se ocultaban de ordinario bajo la aparente indiferencia de su mirada y de su sonrisa.

— Lo creo — añadió Luis. — Mas ese arranque caballeresco es una locura. La Religión envía sus misioneros, que perecen en lejanos climas por llevar á comarcas salvajes la luz del Evangelio, y el mundo en que vivimos apenas se digna hablar alguna vez de esos mártires de la Fe. La ciencia, á su vez, codiciosa de los secretos de la naturaleza, envía desastrosas expediciones, ya en busca del Polo, ya en busca de las fuentes del Nilo, y estas atrevidas exploraciones sólo obtienen el momentáneo honor de nuestra curiosidad; pero una empresa temeraria inspirada por un amor grande y profundo, sería objeto de la risa general.

El hijo del duque abrió sus grandes ojos azules, y se encogió de hombros. Quería decir:

«¿Y á mí qué me importa el mundo?»

Luis añadió:

— Además, unos cuantos millones no merecen ningún sacrificio. El heroísmo no tiene precio. ¡Bah! — añadió. — No está el mundo tan rematadamente perdido, que no podamos encontrar un puñado de oro sin envilecernos. Vea usted — dijo, señalando á Valle alegre. — Ahí tiene usted al gran banquero que nos sacará del apuro.

El heredero del duque miró á Luis muy seriamente, y éste añadió:

— ¿Por qué no? El antiguo socio del difunto Americano es demasiado generoso para no contribuir á la felicidad de

la pobre huérfana con una dote espléndida. Positivamente al Sr. Valle alegre no le ha ocurrido semejante idea, y si le ocurriera, él mismo se reiría de ella; y no obstante podrá usted sorprender al señor duque con la noticia de que ha encontrado una millonaria; porque al fin, y Dios mediante, el opulento banquero nos va á proveer de aceite para la lámpara.

Y antes de concluir estas palabras, cogió el brazo de su interlocutor, y lo empujó suavemente hacia el corro formado delante de la chimenea, donde dejaron al marqués con la palabra en la boca, y de la misma manera lo encontraron, pues al acercarse ellos, decía:

— Sostengo que el pleito se lleva á cabo. Tengo, para creerlo así, una razón concluyente.

— Veamos — dijeron algunos de los circunstantes.

— ¡Ah! — exclamó. — Ustedes se reirían de mi razón: más aún; se están ustedes riendo ya de ella, y todavía no la conocen. ¡Eh! Vean ustedes el gesto desdeñoso con que me oye el Sr. Valle-alegre. Se burla de mis palabras con todo el aplomo del hombre que se cree inexpugnable. Ya se ve, ¡ignora que los muertos hablan!

— ¿Y qué dicen los muertos? — preguntó Valle-alegre.

— Los muertos — contestó el marqués — no son excesivamente habladores. Usan un lenguaje figurado, casi siempre obscuro para el que no sabe interpretarlo.

— ¡Qué capricho! — añadió uno de los que se hallaban presentes. — No sé qué trabajo pueda costarles á esos señores hablar de modo que todos podamos entenderlos.

— ¡Phs!.. — exclamó el marqués con completa naturalidad. — Esa pretensión es algo excesiva. Si le exigiéramos á un sabio que hablase como un ignorante, se encogería de hombros y nos volvería la espalda: no hay, pues, derecho para pretender que un muerto se explique como puede hacerlo cualquier zascandil que anda por la calle.

— Eso no tiene vuelta de hoja — dijo Valle-alegre con tono burlón. — Los muertos hacen muy bien en no bajar de su alta categoría, y sólo se comunican con aquellos seres privilegiados que saben comprenderlos; y por lo que vemos, el señor marqués pertenece á la clase de los intérpretes.

— No del todo — replicó éste. — El difunto Americano, el opulento socio del señor Valle-alegre, que no pudo sobrevivir á su ruina, se ha negado por espacio de muchos días á toda comunicación conmigo.

— Es natural — advirtió el brigadier; — estaría aún ocupado en arreglar sus cuentas.

A Valle-alegre debió hacerle mucha gracia esta observación de su amigo, pues soltó una carcajada, que encontró eco en todos los circunstantes, si se exceptúa á Góngora y al hijo del duque, que no tomaron parte en la hilaridad del banquero.

— Es posible — observó el marqués sencillamente. — Y no veo motivo para esas risas. El Americano se dejó una viuda desamparada y una hija sin más bienes de fortuna que su inocencia y su belleza. Murió sin acabar de poner en orden sus asuntos, y puede ser que después de muerto...

Nuevas risas estallaron alrededor del marqués.

— ¡Oh! — exclamó. — Esas carcajadas no me convencen, cuando yo, señores, tengo el testimonio del mismo difunto.

— ¿Habló al fin? — le preguntaron.

— Habló — les contestó.

— ¿Cómo? — volvieron á preguntarle.

— ¡Cómo!.. — dijo Valle-alegre. — Claro está, como un muerto.

— Sí — afirmó el marqués, — como un muerto y como un libro.

— Es curioso esto — dijeron algunos.

— Mucho — añadió con naturalidad imperturbable.

Eran muy conocidas las genialidades del marqués y su habitual mordacidad, y no se extrañaba que hubiera buscado en aquella extravagancia un motivo de conversación. Hacerle hablar al difunto Americano, era tanto como amenazar al banquero con el golpe de alguna reticencia.

Sacó un pliego de papel doblado muchas veces, que llevaba cuidadosamente guardado en el fondo de su cartera, y dijo:

— Mis invocaciones eran inútiles; agoté todos los procedimientos, sin que el espíritu del Americano acudiera. Llamé á otros, y acudieron; pero no pude obtener de ellos ninguna respuesta razonable. Cuando más embebido estaba en mi empeño, sentí sobre mi rostro un soplo de aire frío, de aire sepulcral; alcé los ojos y vi á mi ayuda de cámara, con su cara de cera y su mirada yerta, que me contemplaba con la inmovilidad de una estatua. Tenía todo el aspecto de una aparición, y me pareció un alma del otro mundo. Una idea súbita como un relámpago pasó por mi cabeza. Le hice sentar delante de una mesa, puse un lápiz en su mano, extendí bajo el lápiz este pliego de papel, que están ustedes viendo, y me retiré á cierta distancia. De pronto la mano de mi ayuda de cámara comenzó á temblar, mientras sus ojos inmóviles estaban fijos en mí, y poco después el lápiz convulsivo corría de un extremo á otro del papel. Entonces concentré en un solo punto mi voluntad, y con toda la intensidad de mi pensamiento formulé mentalmente esta pregunta: *¿Eres tú?* La mano de mi ayuda de cámara se detuvo. Hice del mismo modo otra pregunta, y de nuevo el lápiz corrió sobre el papel. A la tercera pregunta dió el lápiz la tercera respuesta, pero á la cuarta enmudeció, y el lápiz saltó violentamente de las manos de mi ayuda de cámara.

Dicho esto, desdobló el pliego que tenía en la mano, y los más curiosos se acercaron á ver lo que contenía.